

ZENOBIA CAMPRUBÍ, LA VIDA MORTÍFERA

Hay gente que le llama amor a cualquier cosa. Por ejemplo, a la necesidad patológica del otro, al parasitismo más feroz y destructivo. Sin duda el escritor Juan Ramón Jiménez, premio Nobel de 1956, necesitaba a su esposa Zenobia Camprubí de un modo abrumador e indescriptible; pero esto no significa forzosamente que la quisiera bien (o incluso que la quisiera: ¿era capaz de querer a alguien un personaje tan monstruosamente egocéntrico?). Sin embargo, algunos de los estudiosos juanramonianos se empeñaron en construir durante años un espejismo de amor conyugal, la irisada mentira de la pareja perfecta. Y así, durante décadas se escribió abundantemente sobre «el ejemplar matrimonio» y sobre «la relación tan hermosa que sostuvieron». Hasta que, en 1991, Graciela Palau de Nemes editó y publicó la primera parte del diario de Zenobia. Curiosamente, la profesora Palau intenta salvar en su prólogo lo insalvable: la leyenda rosa de la historia de amor. Tal vez no se diera cuenta de que el material que estaba desenterrando era una bomba: un libro desolador y terrorífico, un minucioso e involuntario estudio sobre la patología humana. La pareja como destrucción, como trampa perversa.

Pero, para empezar por el principio, digamos que Zenobia nació en la Costa Brava en 1887. Era hija de una puertorriqueña rica y de un ingeniero de Caminos catalán: una niña, en fin, de muy buena familia. El inglés era su lengua materna (también sabía francés) y durante su adolescencia pasó varios años en Estados Unidos, de modo que cuando regresó definitivamente a España en 1909 la llamaban la Americanita porque no parecía del terruño. Y no lo parecía porque era culta, activa, desenvuelta, moderna. Creía en Dios de una manera muy libre y participaba de ese espíritu de servicio a los demás tan típico de la época, una especie de caridad ilustrada de clase alta (recordemos que las desigualdades sociales eran por entonces enormes) que en su vertiente más sustancial, responsable

y lúcida había dado como resultado la creación de la Institución Libre de Enseñanza. De modo que, al volver a España, organizó una escuela para los niños campesinos y colaboró con diversas sociedades benéficas.

Zenobia recibía unas pequeñas rentas de la herencia materna que ella complementaba con diversos trabajos. En el exilio fue profesora de Lengua y Literatura, primero en una universidad cercana a Washington, luego en la de Puerto Rico. Antes de la guerra tenía una tienda de artesanías en Madrid y amueblaba con primor apartamentos de alquiler para extranjeros. De las rentas y los empleos de Zenobia vivió fundamentalmente el matrimonio durante los cuarenta años que estuvieron juntos: los ingresos de Juan Ramón eran escasos e intermitentes. En su diario, Zenobia se lamenta repetidas veces con amargura de la incapacidad manifiesta de su marido para ganar dinero: atravesaron muchos apuros económicos. Pero dentro del naufragio general de la relación y de las otras perfidias cotidianas, esta inutilidad de Juan Ramón para lo práctico resulta menor, incluso simpática.

Él era, ya se sabe, un enfermo. La primera vez que pisó un centro psiquiátrico (un manicomio, lo llamaban entonces) fue a los diecinueve años, después de que su padre falleciera súbitamente mientras dormía y de que él mismo fuera sacado del sueño a sacudidas para comunicarle la horrible noticia. No pudo superarlo: «La muerte repentina de mi padre se copió en mi alma y cuerpo, como en un espejo; o mejor, en una placa fotográfica. Me hirió, como una realidad a la placa, la muerte de mi padre. Y con la muerte grabada en mí, sentía morirme a cada instante». Era un hipocondríaco y en sus peores momentos creía estar agonizando: no comía, no se lavaba, no hacía planes para el día siguiente porque pensaba que ya habría fallecido. Estaba lleno de manías: acumular cantidades ingentes de periódicos y recortes que luego era incapaz de tirar, por ejemplo, o cerrar las ventanas herméticamente porque no soportaba las corrientes de aire.

Sin duda sufrió mucho: de eso se hacen eco, compasiva y litúrgicamente, todos sus estudiosos. Pero se me ocurre que hay locos y locos; hay enfermos dignos y conmovedores, que sólo se dañan a sí mismos, y enfermos

malignos que sobreviven a costa de destruir a los demás. Dice Rilke que todos morimos de nuestra propia muerte, y de la misma manera creo que todos enloquecemos de nuestra propia locura. Aunque en ocasiones era capaz de grandes gestos magnánimos, Juan Ramón era, o eso dicen, de un egoísmo descomunal; un misántropo reseco y amargado, un hombre a menudo cruel y mezquino. Tenía muchos enemigos (Bergamín, Alberti, Guillén, Neruda, Salinas) porque hablaba mal de casi todo el mundo. Sólo parecía manifestar ternura con los animales y con los niños: y eso, me sospecho, porque de algún modo veía su propia niñez reflejada en ellos. Esto es, se diría que le era muy difícil contemplar otra cosa que no fuera a sí mismo. Luis Cernuda escribió que en Juan Ramón se daba el caso más claro de doble personalidad que él había visto, una encarnación del doctor Jekyll y Mr. Hyde; y que como Mr. Hyde, era «una criatura ruin».

La defensa de Juan Ramón contra su enfermedad, contra la angustia constante del morir y la nada siniestra del no ser, era su trabajo: una producción literaria obsesiva que cambiaba y reordenaba una y otra vez, en su aspiración por conseguir algo imposible, la *Obra Completa y Perfecta* que le rescatara de lo fugitivo. Juan Ramón combatía el vértigo existencial con sus actos: una respuesta tradicionalmente masculina. Zenobia, por el contrario, lo hizo destruyendo su yo, diluyendo su personalidad en la de su hombre: una respuesta tradicionalmente femenina.

Lo que hace la autoanulación de Zenobia más llamativa dentro de los muchos casos semejantes es la potencialidad que esta mujer tenía antes de mutilarse. Zenobia era inteligente, generosa, activa, culta, alegre. Y además escribía; desde muy chica había manifestado una clara vocación narrativa. De adolescente publicaba cuentos en inglés en una revista norteamericana para niños. Yo he leído Malgrat, un relato suyo escrito en castellano a los quince años: es un texto poderoso, asombrosamente bueno para su edad. El diario publicado por Graciela Palau no tiene esa fuerza ni esa voluntad de estilo: está claro que, para entonces, Zenobia ya ha claudicado. Salvo unas cuantas frases aisladas muy hermosas que dejan entrever su capacidad

literaria (como cuando explica cómo se deshace Juan Ramón de los borradores de sus poemas: «Rompe el papel en pedacitos con deleite como si fuera un trabajador quitando el andamio»), el diario es un recuento árido y casi notarial de los dos años que pasaron en Cuba (de 1937 a 1939), después de que Zenobia sacara a Juan Ramón de España «para que no se volviera loco» en agosto de 1936, al poco de estallar la guerra.

Es un libro patético. Zenobia lo comienza el día del aniversario de su boda: llevan veintiún años de matrimonio, ella está a punto de cumplir los cincuenta, él tiene cincuenta y seis. Las pautas de su relación, en fin, están perfectamente establecidas, y son las de una total y completa sumisión. Zenobia anula todos sus planes y compromisos cada vez que su marido la requiere para algo: copiarle en limpio los poemas, o simplemente acompañarlo. Debía de ser terriblemente duro convivir con un ser tan lleno de muerte, un hombre casi incapaz de disfrutar de nada; pero es que además Zenobia está constantemente atenta a sus múltiples y neuróticos caprichos. Como no tienen dinero viven en un modesto cuarto de hotel que se va colmando loca y asfixiantemente con los periódicos de Juan Ramón: «El resultado es que el sirviente sólo puede entrar al cuarto una vez cada tres días y me parece como si viviera en una pocilga. La vista de ese montón de periódicos a todas horas me da náuseas». Además, como cuando Juan Ramón escribe «no soporta ningún ruido o movimiento, lo cual es perfectamente comprensible», Zenobia se pasa los días metida en el servicio. También cuando él se echa una siesta: «Me puse nerviosa encerrada en el baño mientras J. R. dormitaba, pues el día estaba bellissimo».

Y es que ella no se puede marchar, no le puede dejar solo. Juan Ramón no le permite operarse de un lipoma (tumor de grasa) que Zenobia tiene en el vientre: tendría que permanecer internada en el hospital y él no soporta su ausencia (y tal vez tampoco su enfermedad, su debilidad): «Mi primer deseo y más ardiente es ir inmediatamente a la clínica más cercana para que me operen de mi molesta protuberancia», dice ella en el diario: «Si no pesaran sobre mí tantas tradiciones idiotas iría sin más ni más y ya podría J.

R. retorcerse las manos. Es ridículo imponerle algo tan mortificante a otra persona [...]. Pero nunca tendré el valor ni la determinación suficiente para deshacerme de mis problemas mientras J. R. esté cerca». Y, en efecto, pasan los años y Zenobia sigue criando su tumor.

Lo más atroz del diario cubano, con todo, es el siempre pospuesto viaje a Estados Unidos. Zenobia tiene a toda su familia viviendo en ese país, al que hace veintiún años que no va (salvo una brevísima estancia al comienzo del exilio), y está ansiosa por acercarse a verlos. Desde que llega a Cuba empieza a organizar el viaje; una y otra vez pone una fecha de partida, va a las compañías marítimas, consulta precios, reserva pasajes; una y otra vez llega el día acordado y Zenobia sigue en La Habana. La estrategia obstruccionista de Juan Ramón es siempre la misma: primero consiente en ir con ella (y ella le busca un alojamiento adecuado a sus manías y organiza todo para él en Estados Unidos), luego empieza a ponerse nervioso y dice que es mejor que Zenobia vaya sola (y ella anula las disposiciones en torno a él, reserva su propio billete, reduce el viaje a sólo un mes), por último Juan Ramón le hace la vida tan imposible ante la idea de su ausencia que Zenobia claudica y no se marcha. Esta lenta tortura se prolonga durante año y medio, hasta que al fin Zenobia consigue partir.

Zenobia apunta sus más duras críticas a Juan Ramón en relación con este tantas veces frustrado viaje: «Realmente no sé cómo tolero estar aquí teniendo a mi familia entera y mis amigas tan cerca [...] si no me decido a ir sola voy a encontrar que con J. R. estaré más atormentada, pues él nunca quiere hacer nada que yo quiera hacer y siempre quiere que yo haga lo que él quiere». O bien: «Ir a los Estados Unidos con J. R. significa tanta complicación que casi preferiría no ir. Hay un obstáculo cada vez que quiero hacer algo y recuerdo que los pocos días en Nueva York estaba ansiosa de que terminaran. Es horrible». Y también: «No tiene sentido que me sacrifique en balde por el egoísmo de J. R.». Pese a la gran contención que Zenobia usa en su diario, muchas entradas hablan escuetamente de su infelicidad y su desesperación. No dice que llorara en ningún momento,

pero son páginas que saben a lágrimas. Aunque en otras ocasiones, claro está, hay buenos momentos, tanto más apreciados por lo escasos.

«Si veo las cosas claras y él no las ve», escribe Zenobia, «¿qué sentido tiene el permitirle acabar con mi existencia?». Es una pregunta exacta y pertinente. ¿Es la víctima culpable de ser víctima? Conozco a muchas mujeres como Zenobia: hembras fuertes y débiles al mismo tiempo. En esa ambigüedad anida la patología de la mujer dependiente, de quien depende a su vez, morbosamente, el hombre que la tiraniza. Hay un infierno en la relación entre Zenobia y Juan Ramón, pero los demonios (tan reconocibles, tan humanos) están en las dos partes. La necesidad absoluta que Juan Ramón tenía de ella había terminado por atrapar a Zenobia: «Él es queridísimo aunque me vuelva loca». Destruirse por alguien (y más si ese alguien es un artista mundialmente reconocido) puede llegar a convertirse en un placer perverso y mortífero: a fin de cuentas soluciona la angustiada pregunta de qué va a hacer uno (o va a ser uno) en la existencia: «Aumenta mi inquietud por llegar a ser útil en la sociedad. Pero estoy consciente de que [para dedicarme a otros trabajos] tendría que abandonar a J. R., que ahora mismo está necesitando mucha atención. Confundida en cuanto a cuál será el mejor camino a seguir».

Al final decidió continuar apuntalando al genio y con el tiempo cada vez se conformó más con su papel (¿se metió más en su propia patología?), hasta el punto de que, al final de sus vidas, estando Juan Ramón terriblemente desequilibrado e internado en un centro psiquiátrico, los médicos llegan a decirle a Zenobia que su presencia omniprotectora es negativa para su marido. Zenobia parece admitirlo y planea vagamente dejarle solo durante algún tiempo, pero nunca lo hace: la enfermiza interdependencia está demasiado solidificada para entonces.

En 1951 a Zenobia se le descubre un cáncer de útero. Viaja a Boston y es operada con éxito, viviendo en Puerto Rico, se le reproduce. Le recomiendan que vuelva a Boston, pero, para no dejar a Juan Ramón, que está muy mal, decide no marcharse y someterse a radioterapia en Puerto

Rico. El tratamiento es tan erróneo y tan brutal que Zenobia es quemada lentamente, sesión tras sesión, hasta resultar abrasada por completo. Cuando por fin viaja a Boston en 1956 los médicos se quedan horrorizados: las quemaduras son tan enormes que no la pueden operar. Sólo tiene tres meses por delante, le comunican. Y ella regresa a Puerto Rico a poner en orden la vida y los papeles de Juan Ramón.

En estos años últimos Juan Ramón ha comenzado a darle a Zenobia lo que antes le escatimaba: la certidumbre de su lugar histórico como musa del genio. Lo cual no es sino el justo pago a la inversión hecha por Zenobia día tras día. Y así, en las cartas que le manda a Boston cuando la operación del 51, Juan Ramón le va detallando los poemas que escribió por ella y para ella. Y certifica: «Fuiste, con mi madre, la mejor fuente de mi inspiración». Ella, a su vez, ha empezado a contarse su propio pasado mentirosamente, como solemos hacer los humanos al final de la vida (misericordiosa memoria, que nos permite una mirada retrospectiva consoladora), para darle un sentido de destino a sus sacrificios. Y así, Zenobia escribe por entonces: «Al casarme con quien, desde los catorce años, había encontrado la rica vena de su tesoro individual, me di cuenta en el acto de que el verdadero motivo de mi vida había de ser dedicarme a facilitar lo que ya era un hecho».

Su agonía fue lenta. Poco antes del fin, Juan Ramón recibió el Nobel de Literatura: para Zenobia era la confirmación oficial de que su existencia no había sido un desperdicio. Ricardo Gullón cuenta que, cuando le dijeron lo del premio, Zenobia ya no podía hablar; susurró una canción de cuna y murió a los dos días (el 28 de octubre de 1956). Juan Ramón enloqueció literalmente de pena; tuvo que ser internado y no volvió a escribir más. Falleció año y medio más tarde. Después de su muerte se encontró una libreta que decía: «A Zenobia de mi alma, este último recuerdo de su Juan Ramón, que la adoró como a la mujer más completa del mundo y no pudo hacerla feliz».

Zenobia y Juan Ramón se habían conocido en 1912. Él se enamoró de ella desde el primer momento, pero ella huyó de su insistente acoso durante dos años: no quería casarse con un español (los consideraba machistas), tenía muchos planes propios para su futuro, Juan Ramón le parecía un tipo raro y demasiado triste. Las abundantísimas cartas de Juan Ramón en este periodo son un catálogo de trucos sentimentales: intenta despertar en Zenobia la vocación regeneracionista que hay en toda mujer (a éste le salvo yo) e incluso le ofrece creer en Dios si ella le ama.

Pero la gota final fue literaria. Zenobia, que encontraba semejanzas entre Platero y yo y la obra del Nobel Tagore, tradujo un libro del escritor bengalí para enseñárselo a Juan Ramón. Y éste se agarró al clavo ardiendo: revisó el texto español, publicó la traducción firmada por los dos, insistió en que hicieran más (terminaron traduciendo veinte obras). Juan Ramón le ofreció a Zenobia, en suma, una colaboración creativa de colegas literarios, un futuro de trabajo en común: «Todas las traducciones que hagamos de cosas bellas, las firmarás tú. Luego has de hacer algo original, ¿verdad? Yo quiero que, en el porvenir, nos unan a los dos en nuestros libros», dice Juan Ramón en una de sus cartas de conquista. Y Zenobia, que tenía aspiraciones literarias, bajó por fin sus defensas y se casó con él... para no volver a escribir nunca más nada propio, salvo sus modestísimos diarios. Tal vez estuviera pensando en todo esto (en las ilusiones rotas, en las vidas no vividas) cuando anotó en los cuadernos cubanos este conmovedor párrafo: «Cuando regresamos, las nubes se habían abierto hacia el noreste y el resplandor del atardecer [...] hacía que el mundo pareciera nuevo [...]. Y de repente todos los sueños infantiles se hicieron realidad y nos embargó la intensa esperanza de que todo este tiempo de incredulidad hubiera sido un desperdicio de la alegría».

ROSA MONTERO, *Nosotras. Historias de mujeres y algo más.*